



Bibliográficas

Juan L. Ortiz. Poesía y ética

Oscar del Barco

Alción editora, Córdoba, 1996, 120 págs.

Este libro de del Barco tiene un mérito poco común que es preciso señalar sin demora: el de haber llevado adelante una tarea de innegable adentramiento en la obra poética de Juan L. Ortiz (1896-1978), lo cual supone a su vez una puesta en acto de los límites que esa tarea ha visto surgir a medida que su desarrollo pugna no tanto por vencerlos como por asimilarlos para no detener su avance. Por lo tanto, lo que corresponde subrayar es el camino de múltiples articulaciones con que ha sido pensado este libro y la manera en que esas articulaciones se resisten a disimular su complejidad cuando se las mide con relación al texto poético de Ortiz.

Esto se debe a que el discurso crítico o ensayístico (convengamos por un instante en llamarlo así) elaborado por del Barco tiene la siguiente característica: siempre parece hallarse dentro de la poesía escrita por Juan L. Ortiz; sólo sale de su ámbito específico cuando esa misma poesía impulsa un movimiento hacia un exterior situado en el blanco de la página que circunda cada palabra y cada línea. Empero, es obvio que no repite lo ya escrito previamente por el poeta, tampoco explica mediante una glosa locuaz y autosuficiente esa escritura poética intraducible en términos distintos a los que efectivamente fueron empleados para efectuarse. “La poesía —se lee en el capítuloIV—, no se brinda mediante el análisis ya que éste siempre parte de algo pre-reconocido como poético”.

En lugar del análisis, de la hermenéutica, ¿a qué otro dispositivo se apela para dar cuenta de esta poesía que no coincide con lo ya adquirido —en cuanto saber constituido de antemano a través de la interpretación? Tratemos de entrar por el mismo sitio que utilizó del Barco para introducir sus reflexiones, creando por consiguiente una vía homóloga a la que aquellas construyeron a fin de detectar los diversos

“estados” de la materia poética ortiziana. Con esta expresión —diversos estados— sólo puede designarse lo que justamente *está* en la poesía de Juanele, y lo que *está*, y permanece allí con fuerza incontestable, es la unidad que atraviesa integralmente el decir poético escrito de Ortiz. Unidad en la cual lo que dice el poeta y cómo lo dice “son —afirma del Barco— la misma cosa”. Complementariamente, contenido y forma, inmanencia y trascendencia, etc., se disuelven para subsumirse en esa manifestación de la unidad que el término agustiniano *esplendor* nombra, según del Barco, cabalmente.

Se dibujan, entonces, dos aspectos distintos que es menester separar: por un lado, esa unidad de la que venimos hablando concerniente a la poesía, y, del otro, la diferencia, cuyo trabajo, enteramente a cargo de la interpretación, consiste en desmenuzar, o en producir explicaciones orientadas a desmenuzar dicha unidad. El poema, sin embargo, no comparte un espacio común con la interpretación donde ésta, si así fuera, se hallaría en condiciones de concretar un comentario sustitutivo de la escritura lírica. Todo lo contrario, y dentro de una cadena de paradojas formuladas bajo enunciados cambiantes a fin de poner de relieve la irreducibilidad del poema, éste —sostiene del Barco— “sobrevuela a la interpretación permaneciendo en su unidad”.

Este es el punto en que el trabajo crítico de del Barco erige una de sus claves, tal vez la principal, cual es la de que dicho trabajo crítico no opera a través de ese recurso que a menudo se lo suele llamar, empleando palabras trilladas, una “aproximación” o un “acercamiento” a una obra que en realidad les impone, como ocurre en el caso de la de Juan L. Ortiz, una inevitable distancia. Inevitable distancia franqueada en función de los pasos de una lectura que, en rigor, del Barco resume con una frase por lo demás concluyente: “El análisis lo

recorre (al poema) como si necesitara destruirlo para ir más adentro de su unidad". Cada uno de los once capítulos del libro, no cuesta demasiado descubrirlo, configuran desde cierto punto de vista, partes independientes entre sí que la prescripción de un orden consecutivo las reúne en un conjunto.

Ahora bien, en cada una de ellas se cumple el postulado o principio recién citado, y decir que se cumple, implica, hablando estrictamente, que las demostraciones requeridas por el análisis en su marcha empeñada en lograr, si es preciso, el estallido del poema se proponen llegar al fondo de esa unidad de la que aquél extrae su más esencial definición. Vemos aquí, pues, la eclosión de una nueva paradoja incrustada no tanto dentro del plano de la obra pretendidamente completa de Juan L. Ortiz cuanto en el de lo inconcluso que surca la razón de ser de esta obra o la de cualquier otra. Esto significa, sencillamente, que siendo la escritura un flujo ininterrumpido de combinaciones inmersas en la lengua, no podría por lo tanto agotarse jamás ese ahondamiento efectuado a su vez por el análisis en el interior del poema.

En términos coincidentes, no resulta menos categórica otra afirmación con la que del Barco vuelve a insistir en la dirección ya marcada: "Porque el poema es inalcanzable, soporta el análisis". Se trata casi de la misma perspectiva que, bajo un matiz de radicalidad igualmente áspero, Paul Valéry —en sus *Cabiers*— presenta al decir que el poema sólo puede ser reproducido en su forma.

Como ésta, todas las demás reflexiones forjadas por del Barco conducen hacia una pregunta ineludible que una y otra vez su libro pide que le hagamos: ¿qué quiere decir destruir el poema? Sin salir de esta pregunta, recordemos una vez más que semejante acción (llegar, si fuera necesario, a destruir el poema) no está encaminada a producir una sustitución del poema por otro texto (el del comentario o, como prefiere llamarlo del Barco, el del análisis) que así pasaría a ocupar el lugar antes detentado por aquél. Todo parece indicar que del Barco, al hablar de destrucción, lo que hace es trazar un paralelismo entre el movimiento em-

prendido por el análisis y la destrucción que lleva a cabo la poesía con su propio discurrir de tal a partir de determinados procedimientos fundamentalmente empleados —como bien lo resalta del Barco— por Mallarmé, con los que el poeta francés da nacimiento e incentiva la instancia no referencial de la lírica moderna. Quiero decir: se trataría, por lo tanto, de alcanzar a través del análisis un mecanismo homólogo al logrado por la poesía en relación al universo de su escritura. En otras palabras: que el análisis no estaría orientado por una pulsión hermenéutica sino por la declarada voluntad de penetrar profundamente en la unidad del poema, aunque para ello sea necesario destruirlo.

Aun cuando hasta ahora hayan resultado indispensables ciertas reiteraciones, éstas se justifican en la medida que su función es la de mostrar que el compromiso asumido por del Barco ante la poesía de Juan L. Ortiz consiste en no ceder a ese plus de comprensibilidad que la crítica suele arrogarse cuando procura que el objeto de su interés —la literatura— pueda hablar con las palabras que solamente ella le presta. Esta solución es la que sortea del Barco al haber construido sus elucubraciones no como un discurso *sobre* la poesía de Juan L. Ortiz sino *en* la poesía escrita por el poeta enterreriano. Refiriéndose a la práctica de la lectura, Blanchot dice que ésta, para ser tal, debe acceder a una suerte de "pasividad soberana" que hará bascular —así la podemos entender— por un lado la aceptación del carácter prioritario del texto al que pretenden "desentrañar" (de allí su pasividad) y, por el otro, la voluntad de no colocar nada por encima de su propio registro de lectura.

En esta intersección no desprovista de pugnas y desequilibrios se inscribe lo que del Barco, adoptándolo como algo inherente a la particular legibilidad demandada por la escritura de Juan L. Ortiz, considera "un pensamiento sin sistema", constitutivamente fragmentario y quizás por eso mismo adecuado para dar respuesta al "insistente requerimiento del interrogante poético". Interrogante poético formulado desde la poesía de Juan L. Ortiz, la que a su vez encuentra en la figura del misterio (cuya resonancia mallarmeana es bastante nítida) un

conocimiento y también una “radiación” que la envuelve y la recorre, que incluso la protege, la abre o la repliega, acentúa sus ritmos, escande sus tonos y, tal como lo destaca del Barco, levanta para sí una positividad que debe ser expresamente tenida en cuenta.

Del mismo modo que el amado río ortiziano (el Paraná) “baña” la mayoría de sus poemas no sólo en el sentido de una tematización circunscripta a la mera reafirmación del género poesía, así también el misterio irriga sin pausa toda la elocución lírica de Juan L. Ortiz. Y los himnos cantados por Juanele precisamente a los ríos —señala del Barco— deben ser escuchados en la unidad de múltiples espacios (“la tierra como forma poética, el poeta como forma cósmica, la revelación, la iluminación y el éxtasis como forma de vida; el lugar como lo entrañable, como el toque trascendente”), todos virtualmente atravesados por el misterio ya que éste, debido a su inaccesibilidad, se localiza en la voz silenciosa de la poesía, que es, escribe del Barco, “la voz silenciosa del misterio”. Por consiguiente, es el misterio el que aflora en esos verdaderos raptos de ilogicidad, de hermetismo, de ambigüedad a menudo conformados por extensos meandros de palabras que se suceden de una página a otra, con sus enlaces

sinuosos y complicados, con ese arte del bordado que se demora indefinidamente en elegir todos los hilos a su disposición; y toda esa *procrastinación* que evoca la de un escritor admirado y releído por Juan L. Ortiz —quién sino Proust—, trasunta la imposibilidad de las palabras convocadas de manera recurrente para enunciar o decir el misterio. Coreografía infinita del texto que amaga movimientos de pausa seguidos un instante después por otros que lo reimpulsan todavía más lejos. “Como si un gran viento —manifiesta del Barco a propósito de esta energía liberada de trabas que la retenían infundadamente— dispersara las palabras arrojándolas al desatino de la belleza”. La cual coloca a esas palabras en una cercanía con lo indecible, región que a su vez la ética ortiziana asimila a un decir de su poesía invariablemente vinculado a la dimensión de la donación y la gracia; ya que ambas, según del Barco, suscitan la comparación de la poesía de Juanele con la “estructura evanescente de una nube” toda vez que éstas como aquéllas no admiten fundamentación alguna distinta a la de su sola existencia. ■

Antonio Oviedo